Miguel Morey

Monólogos de la bella durmiente

Sobre María Zambrano

Alianza editorial
El libro de bolsillo

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Miguel Morey Farré, 2021
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-171-5
Depósito legal: M. 311-2021
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9 Prefacio. Lecturas de María Zambrano...

Monólogos

23 Preludio. María Zambrano: uso y mención

41 1. El hombre y el niño
60 2. Divagaciones sobre el interrogar
78 3. Sobre Antígona y algunas otras figuras femeninas
93 4. Un pensamiento de la duermevela
108 5. Conjeturas sobre la meditación
130 6. Otra especie de verdad...
150 7. Delirios en La Habana
174 8. Pequeña doctrina de la soledad
211 9. Cierra los ojos y mira
223 10. La constatación que vendrá
246 11. Del delirio: planos y secuencias

Apartes

283 Los usos del vocativo. Monólogo en el limbo
309 Del conocimiento haciéndose. A la memoria de José Ángel Valente
317 Lo que llega a pensarse... Palabras de homenaje a José-Miguel Ullán

339 Las condiciones del pájaro solitario. Invitación a Ramón Gaya
355 Un paseo por las entrañas. *Intima viscera animae meae...*

379 Sobre los textos

385 Notas

Prefacio

Lecturas de María Zambrano...

> *Pensar no es sólo captar los objetos, las realidades que están frente al «sujeto» y a distancia. El pensar tiene un movimiento interno que se verifica dentro del propio sujeto, por así decir. Si el pensar no barre la casa por dentro, no es pensar.*
>
> María Zambrano, *Delirio y destino* (1952)

La historia de este libro es una larga historia, y por ello mismo no parece aconsejable entrar en muchos detalles. Con saber tan sólo que el primer texto que aquí se recoge se remonta al año 1991 y que el más reciente se acabó de escribir hace pocas semanas, debería bastar para hacerse una idea de cuán largo, lento y variopinto ha sido el camino que queda en buena medida consignado en las páginas que siguen. Se recoge aquí la práctica totalidad de lo que he publicado de alguna relevancia a propósito de María Zambrano a lo largo de casi treinta años. La mayor parte de estos escritos tuvieron como origen y desencadenante el azar de congresos y seminarios, a los que fui invitado en tanto que miembro de la Fundación Zambrano de Vélez-Málaga o como colaborador del Seminario María Zambrano que fundó Carmen Revilla en la Facultad de Filosofía de Barcelona.

Con el mismo título, *Monólogos de la bella durmiente,* se publicó hace unos años un *work in progress* de una parte del presente texto (en Ed. Eclipsados, Pamplona, 2010), como un primer material de trabajo. A partir de aquella edición primera se llevó a cabo una revisión general, se reconsideraron los textos allí publicados junto con los comentarios y críticas recibidos, se reescribieron en su mayoría y se añadieron otros nuevos para la presente edición.

Como cabe imaginar por el marco institucional que está en sus orígenes, los escritos que aquí se recogen son prosa de profesor, aunque no lo sean enteramente, no siempre; sí lo son por lo que hace al tratamiento de fuentes y referencias bibliográficas, y a la observancia deontológica propia del oficio, pero no en cuanto al desarrollo discursivo que sería probablemente de esperar de un especialista. Aquí no se lleva a cabo ensayo ninguno de un metalenguaje que pudiera saturar una parte o todo el universo de Zambrano desde otro plano de comprensión; no hay ninguna voluntad de dar con la hermenéutica capaz de comprender y explicar el pensamiento de Zambrano mejor de lo que ella era capaz de comprenderlo y explicarlo, y probar a zanjar así la cuestión de una vez por todas. No es ése el movimiento que mueve estos textos, ni que sea porque el oficio de profesor también enseña que cuando el pensar es del todo inseparable de la expresión que lo permite (porque es precisamente una determinada expresión la que hace que ese pensar sea ese pensar y no cualquier otro), aplicarse al inventario de contenidos suele ser a menudo una mera comodidad intelectual. En cualquier caso, lo cierto es

que están más cerca de ser invitaciones a la lectura o ejercicios de lectura posible que no dictámenes de un experto.

De esta naturaleza son pues los escritos que componen este libro, ante todo experiencias de lectura, de y para la lectura. A pesar de sus diferencias formales, comparten una misma voluntad, acompañar al lector un tramo por ese paso a paso de la lectura y la meditación. Sabemos que no puede resumirse con otras palabras lo que Platón o Nietzsche dicen, que no puede hacerse una síntesis satisfactoria de su prosa a otro nivel de lenguaje; hay que leerlos y, sobre todo, releerlos, no queda otra – y esto es así también con la prosa de M. Zambrano: lo único que puede hacerse en estos casos es dar orientaciones que pudieran servirle acaso al lector para que lo que lee no se le haga obstáculo, abrirle espacio a los lados, desplegar ejemplos, variaciones, invitarle a demorarse en algún rincón erudito o probar a encenderle ocasionalmente una luz cenital. Tengo la convicción de que las dificultades del pensamiento de María Zambrano pueden ser allanadas, en una buena medida, inventando vías de acceso, creando las condiciones para una escucha posible. Y no es otra cosa lo que aquí se ha intentado, reiteradamente, sin tratar de escamotear en ningún caso una dificultad que es precisamente lo que en la escritura de M. Zambrano no deja de darnos que pensar – su claroscuro...

❋

A decir verdad, la historia de este libro comienza mucho antes, concretamente en 1971. Estudiante de filosofía por entonces en la Universidad de Barcelona, paseando

por los alrededores de la facultad, en una de las muchas librerías de lance que había por allí en aquellos tiempos, voy a topar con un volumen color butano de 371 páginas con el título de *Obras reunidas (Primera entrega)* de una tal María Zambrano, de quien nada sé. La escueta nota biográfica de la contraportada («María Zambrano, que ha enseñado filosofía en la Universidad Central de Madrid, así como en algunas universidades de la América Hispana – en México, en Cuba, y en Puerto Rico – reúne en este volumen...») indicaba sin lugar a dudas, a pesar de la obligada discreción impuesta en aquellos tiempos, que se trataba de una recopilación de trabajos de una pensadora española, exilada republicana, probablemente de la espléndida promoción que creció al amparo del magisterio de Ortega y Gasset. Estoy acabando ya la carrera cuando esto ocurre, y mis referencias filosóficas están bien definidas: de un lado Nietzsche; del otro, lo que con el tiempo se denominará pensamiento posestructuralista – formamos un pequeño grupo de estudio con algunos amigos de la promoción, y la ayuda del por entonces joven filósofo, Eugenio Trías. Dentro de este ámbito, una cuestión que me interesaba especialmente era el modo en que el pensamiento posestructuralista había incorporado a la literatura en su propio proceso, no como ilustración de verdades filosóficas sino en pie de igualdad a lo largo de toda su comparecencia. Ni que sea porque ambas comparten el ser expresión escrita del pensamiento esto debería ser así, aunque dé lugar a problemas abismales (fue por entonces cuando se produce el redescubrimiento francés de Nietzsche), y con todo, tardó su tiempo que se reconociera de un modo operativo. Cuan-

do nos llegó la noticia, la recibimos con una sensación de alivio, porque decididamente se abría entonces una vía para integrar en nuestra formación filosófica también a aquellos autores literarios de cuyo pensamiento presentíamos la necesidad. En ésas estábamos cuando tiene lugar el encuentro con las *Obras reunidas* de Zambrano, entre cuyos textos se encontraba precisamente *Filosofía y poesía,* una magnífica especulación sobre ese acercamiento. Visto a día de hoy, parece natural que saltaran todas las alarmas[1].

En una experiencia de lectura primeriza como aquella, lo primero que reclamaba la atención era evidentemente lo que Zambrano decía, el modo en que cartografiaba el campo repartiendo los espacios, aquí la filosofía y allí la poesía; de aquí hasta allí, sus límites infranqueables; y del otro lado sus zonas de vecindad, sus puntos de indiscernibilidad incluso... Recomponer el mapa implícito que orientaba su decir, caracterizar sus cuatro puntos cardinales no representaba una gran dificultad. Y sin embargo, más pronto que tarde la atención acababa por desplazarse, pasando a centrarse en la manera en que esto se llevaba a cabo; en el curso que se daba a ese decir hecho de imágenes y silencios, de sentencias lapidarias y divagaciones en eco que iban esfumándose suavemente... En ese segundo momento, lo que se aparecía como prodigioso ya no era tanto lo que María Zambrano decía sino prioritariamente lo que hacía, lo que le hacía hacer al decir. Lo prodigioso era que la caracterización de tal cosa o acontecimiento mediante los meandros de su prosa se daba de un modo que parecía no contravenir las exigencias usuales de la lógica discursiva, y que sin embargo lo que hacía era

convocar a presencia la experiencia de tal cosa o acontecimiento como algo pensable íntimamente, como algo que de hecho estaba pensándose en aquel momento, y se exhortaba al lector a que acogiera en su propio monólogo interior a esa voz llegada de afuera, que elevara su pensamiento a esa altura, como indicándole la vía de acceso a otro umbral de conciencia. Si se quiere, podía entenderse como una muestra de la razón poética en acto, y sin duda se trataba de eso, pero para una lectura primeriza era más potente la impresión de un efecto producido como por arte de magia, por la magia de la prosa.

Con el tiempo se hará evidente que esta impresión de prodigio respondía a una determinada idea de la prosa, a un ideal de excelencia en la prosa de pensamiento, del que iremos encontrando diversas formulaciones a lo largo de las páginas que siguen. A la medida de lo que se está diciendo, propongo este ejemplo, de *La España de Galdós,* donde habla de Galdós como autor, de por qué nos es valioso y de ese algo que le falta para llegar a la excelencia. Y dice: «El alma casi ausente, la mente distraída. El tiempo de la lucidez desinteresada en que puede mirar y mirarse un autor y el hombre sin más, cansado de llevarse a sí mismo, de representar y de representarse, de querer enterarse, de atender a los estímulos que le llegan, de seleccionarlos, de dar entonada respuesta. Esta mirada del autor sobre su obra la hace brillar como un espejo. Algo le falta para llegar a ese grado último del arte, que se extiende igualmente a las obras de puro pensamiento, cuando la obra se sutiliza y pierde cuerpo hasta ser un lugar tan sólo donde la visión y la mirada se reflejan: un pensamiento que incesantemente nace»[2].

El puro milagro de una prosa que mientras se deshace se enciende; lugar de encuentro donde la visión y la mirada se reflejan... Se diría que aquella impresión primera ya presentía esta idea cuando tildaba de mágica a la prosa de Zambrano, por el modo en que se la veía venir como rodeada por un velo que tamizara la luz con sus ondulaciones, y avanzar así ceremoniosa, solemnemente, hasta que de pronto, una ráfaga repentina disipaba todos los tornasoles y daba paso a una claridad que parecía clavarse en el fondo de la pupila, profundamente simple sin embargo...

A esta impresión primera se corresponde el título de este libro, que remite al universo de los cuentos de hadas; y que tal vez fuera la primera respuesta que se encontró para la pregunta: ¿a qué suenan las palabras de María Zambrano? De primeras, sonaban a una voz que iba hablando desde el otro lado, más allá de un muro imposible de sortear, a menos que, con cuidado, volviera uno sobre sus propios pasos y se fueran siguiendo las indicaciones que iban apareciendo, traspasando umbrales por el laberinto, probando a ver, aceptando la guía, sintonizando frecuencias; y entonces sí, sucedía que poco a poco finalmente iba sonando ya más nítida la voz, más clara, cristalina en ocasiones, cercana[3]...

He avanzado algo en la lectura de Zambrano desde entonces y de ello pretenden dar muestra las páginas que siguen, sin embargo esta impresión primera no ha quedado del todo atrás, ha permanecido en cierto modo, conformando algo parecido a un asentamiento constante para la atención en mis lecturas de Zambrano. Aunque debo añadir que hubo de pasar todavía mucho tiempo,

veinte años a partir de aquel momento, hasta que me atreví a exponer en público una primera tentativa de relato de mi experiencia como lector de María Zambrano[4].

❋

Así pues, *relato de una experiencia de lectura* sería probablemente el nombre que habría que atribuir a cada uno de los textos que siguen. En ellos, ante la alternativa entre filosofía y poesía, a la hora de tomar decisiones se ha tirado en general por el camino de en medio. Está comprobado que la escritura de Zambrano utiliza tanto recursos filosóficos como pone en obra procedimientos poéticos, pero que su tendencia última no está de ninguno de los dos lados (está claro que ni el sistema ni el poema caen dentro de sus expectativas); a menudo se diría que su prosa sobrepasa el antagonismo entre ambas, humildemente, tratando de situarse un paso más atrás. El nombre que le correspondería a sus escritos sería entonces, a mi entender, prosa de pensamiento; una escritura en la que, si es posible que filosofía y poesía lleguen a hacerse indiscernibles, es porque la prosa no deja de insistir en el momento en que el pensamiento nace, sin soltarse de la necesidad íntima que lo ha originado, manteniendo esta necesidad despierta y alerta a lo que de ella se dice con palabras. Y ello es así, incluso en las circunstancias más extremas: en septiembre de 1937, en plena Guerra civil española, escribe por ejemplo lo siguiente: «El pensamiento es función necesaria de la vida, se produce por una íntima necesidad que el hombre tiene de *ver,* siquiera sea en grado mínimo, con qué tiene que habérselas,

por ser la vida algo que tenemos que hacernos y no regalo cumplido y acabado, por estar rodeada la misteriosa soledad de cada uno de cosas y aconteceres que no sabe lo que son, y por haber destrucción, muerte y sinrazón, es necesario – y hoy más que nunca – el pensamiento»[5].

Podría decirse que el núcleo duro de su ideario al respecto queda bien expresado con esas palabras. El título del texto brinda una noción clave: *entendimiento;* que queda realzada en su doble sentido por el contexto bélico en el que se publica. Remite tanto al entendimiento de uno mismo como al entendimiento con el otro: señala tanto el proceso que, en el interior de cada cual, conduce de las entrañas a la luz, de las voces oscuras de los adentros a la palabra clara («pensar es ante todo –como raíz, como acto– descifrar lo que se siente»)[6]; al igual como, en la relación con el otro, aboga por la puesta en común de una palabra de paz entre la razón y el corazón: «Ganar el *nous* sin perder el alma, adentrarse en la libertad cuanto nos sea posible sin aniquilar ni humillar la vida de las entrañas»[7].

Prosa de pensamiento pues la de María Zambrano, ejercicio de un pensar sin otro interés que no sea llegar al entendimiento de lo que se trata, podría decirse. Entendimiento consigo misma primero; y sabemos lo portentoso que es su trabajo continuo de traer a palabra enclaves que limitan con lo oscuro, con lo que no sabría decirse, con lo que todavía es un misterio... Y luego, entendimiento con el otro, y ante todo con el lector de su prosa. María Zambrano ha ido a buscar a ese lector (anónimo, ni colega ni alumno), ha ido a buscarlo en el espacio de lo literario, donde el lector es nadie y cada cual, a

él le dirige la palabra, de tú a tú, desde la soledad del escritor a la soledad del lector. Y por el modo en que le habla, se diría que ya cuenta de antemano con su disponibilidad a implicarse en lo que lee; como si de antemano la prosa esperara que tenga el lector la buena voluntad de rellenar los huecos y enderezar los renglones que le parezcan torcidos, por su cuenta y riesgo, y que al hacerlo eche a andar su propio pensamiento. Ese es el espacio en el que se ha entendido que tenía lugar el pensamiento de Zambrano, el de la soledad de la lectura y la escritura.

De ir a buscarla a ese espacio, de describirlo y amueblarlo, y de acompañar las idas y venidas de figuras y conceptos, los negocios de unos con otros, y tanto los desastres como las esperanzas que convoca y provoca de continuo la prosa de María Zambrano – es de eso de lo que trata este libro. Es decir, de su pensamiento, claro, sí, pero con más atención al momento genésico en el que éste aparece que a sus modos de precipitado conceptual o a su encaje doctrinal. Y con un cuidado que no me importa calificar de supersticioso por lo que antes se ha calificado como magia de su prosa, que no es sino su virtud mayéutica, su modo de convocar al pensar del lector para que la acompañe, concibiendo él mismo lo que lee («pues hay cosas que no se piensan si no es concibiéndolas»)[8]; se ha procedido, en este sentido, con todo el cuidado y esmero para no provocar ningún desencantamiento[9].

Constato finalmente que, desde el principio, el grano de la prosa de su pensamiento ya va colocando suavemente al lector en esa posición de atención que los poetas han sabido aquilatar tan bien, la de hacer nacer el

sentido de las palabras conforme se nombran – la de «un pensamiento que incesantemente nace», decía Zambrano páginas atrás. Y que esta posición de atención (la íntima soledad de aquel niño que fuimos descubriendo la lectura) es la que su prosa insiste en buscar en el lector; y ése su espacio de comunicación, privado y silencioso, como el pensamiento.

Y constato también que acaso la mayor virtud de esa prosa sea la que antaño se atribuyó al último verso de un buen poema. Se recordará lo que dejó dicho el poeta chino Wang Changlin, allá por el siglo VIII de nuestra era: que un poema es bueno cuando el último verso hace que el pensamiento se extienda sin fin...

❋

Quisiera dedicar aquí un afectuoso recuerdo a amigos y colegas de la Fundación María Zambrano y del Seminario María Zambrano de la Universidad de Barcelona, así como a aquellos con quienes nos hemos ido encontrando en congresos y jornadas a lo largo de tantos años; a lo que habría que añadir además una mención muy especial para el lector anónimo que se interese por estas páginas – con mi más sincero agradecimiento.

Miguel Morey
L'Escala, otoño de 2020

Monólogos

Sus ojos espléndidos y toda su figura se resentía de aquella fatiga; hablaba apenas y, cuando se la veía a solas, dejaba escapar una especie de monólogo...

M. Zambrano, *Delirio y destino* (1952)

Preludio

María Zambrano: uso y mención

Est-il possible de parler de la musique, sans que ce soit parler sur la musique. La capter comme une force plutôt que la capturer comme un objet. Parler à côté, en se déplaçant, en se mettant en mouvement?

Michel Foucault[1]

I

Existe una dificultad en hablar sobre María Zambrano, en hablar *sobre*. Subrayo, porque la dificultad se presenta así, como acompañada de un presentimiento: el de que otra cosa muy diferente y mucho más apacible sería hablar *de* María Zambrano, que mucho más interesante sería hablar *con* María Zambrano, como acompañando su pensamiento... Que el grueso de la dificultad proviene de la mala postura que ese *sobre* impone ya antes de comenzar a hablar. Me atrevería a conjeturar que todos quienes hemos tenido que hablar unas cuantas veces sobre María Zambrano hemos acabado padeciendo esta incomodidad, totalmente carente de credenciales quizás, pero que sin embargo se hace problema.

En principio se presenta como una negligencia, una pereza anticipada por lo trabajoso que será sostenerse en

esa postura, inclinar desde ahí la mirada y seguir entonces con probidad lo que María Zambrano escribe. Lo inútilmente trabajoso, cabe añadir. Porque anticipamos igualmente el fracaso que resultará de todo ello, la convicción en la que estaremos cuando hayamos acabado de hablar: el convencimiento de que ha quedado por decir lo que de importante hemos podido llegar a pensar al leerla, que incomprensiblemente se ha escapado, se ha desvanecido. Y luego, después de la pereza, cuando consigue remontarse, es algo como el pudor lo que se presenta: el desagrado de tener que ir a remover el espacio de unas experiencias de lectura que están bien donde están, y que estando donde están ya hacen perfectamente su trabajo. La falta de decoro que se siente al quitarlas de allí donde estaban, para sacarlas al exterior y desplegarlas según unos patrones que no son los que María Zambrano quiso usar para su trabajo, los suyos propios, y que muy presumiblemente no producen entonces los efectos que ella buscaba.

Si se concede atención a las imágenes de acompañamiento de esta dificultad, aparecen entonces tanto el vértigo a las alturas a las que hay que subir para poder colocarse *sobre* las palabras de María Zambrano, como ese disgusto que nos recuerda que compartimos la visión binocular con las aves de presa, disgusto por tener que convertir a María Zambrano en el *objeto* del discurso, por tener que colocarla en el ojo de la rapaz, que ve a la vez la presa y su propia garra. Ahí lo que se despierta entonces es una alarma, una sensación de peligro. De modo rotundo podría formularse así: se trata del temor a convertir en objeto de conocimiento aquello que es un me-

dio de conocimiento. El temor a que deje de ser un medio de conocimiento a partir del momento en que pase a objetivarse. Que el medio a través del cual se era capaz de plantear toda una sarta de preguntas de conocimiento se vuelva opaco (es decir, se haga presente), a partir del gesto por el que la mirada ajusta allí su encuadre.

Formulado así, podría argüirse que lo dicho tiene toda la apariencia de una superstición. Y sí, si descartamos la connotación oscurantista o irrazonable que acompaña al término (que no conviene aquí, ahora lo que se trata de proteger no es un dogma o un rito sino un medio de conocimiento en tanto que tal), podríamos convenir que sí, que si no puede llamarse exactamente superstición, si cabe entenderlo como un escrúpulo, literalmente, un *scrupulus,* una piedra en el zapato: carece de mayor importancia, pero ¿adónde se puede ir con una piedra en el zapato?

Ejemplos que apoyan el escrúpulo no faltan, han sido señalados desde hace tiempo. La formulación que le dio Foucault en su tiempo sonó como grito de guerra incluso, fue un acto político. «La locura no se ha convertido en objeto de ciencia más que en la medida en que ha sido desposeída de sus antiguos poderes...»[2]. Hay que pensar de nuevo en el ave rapaz, que constata que convertida en objeto la presa pierde su vuelo. Es lo que parece denunciar Foucault. Y a la desposesión de la locura (la antigua μανία) podríamos añadirle otros casos bien a mano, como son, por ejemplo, los del sueño o la poesía. Han sido medios atestados de conocimiento los tres desde hace milenios, y en cambio ahora aparecen absolutamente despotenciados, neutralizados: a día de hoy está ocurriendo con la literatura, a la que vamos viendo des-